

## IV

Comenzaban ya á afligir á Tasso aquellas imaginaciones, manías y padecimientos del espíritu que vinieron á realzar con sello de dolor y amargura su genio. Rondaba su cerebro la demencia.

Mucho se ha discutido la enajenación mental de Tasso y sus causas; pero está demostrado, con toda la evidencia posible, que, en efecto, sufrieron hondo trastorno sus facultades hacia la época á que aludimos, y que fué posterior á la edición primera de *La Jerusalén*; como si Dios, custodio del vaso precioso de la razón del poeta, no lo dejase quebrarse hasta que el néctar de poesía que encerraba se hubiese derramado por el mundo. En cuanto á los motivos de la insania de Tasso, no dejan de colegirse por los sucesos de la vida y el modo de ser físico y moral del vate. Como en todo caso de alienación, hay que tomar en cuenta el temperamento, exaltado, pero contenido; serio, tétrico, grave, impresionable y sensible en extremo; la misma viveza y fuerza de la vehemente fanta-

sía, la tendencia á sepultarse en quiméricos sueños y vagas cavilaciones; la falta de ese sentido vulgar y de esa enana razón práctica que poseen las medianías, y también, en no pequeña escala, el cansancio de un cerebro anormalmente precoz, que á los diez y siete años se había impuesto tareas tan fuertes. Sin que aceptemos incondicionalmente la teoría, no muy nueva, de la identidad del genio y la locura, que condena á los gigantes de la inteligencia ó del arte á pagar el escote de su magnitud en moneda de insensatez, no negaré que los poetas que lo son de corazón y alma como Tasso, poseen, ya que no un sexto sentido, mayor finura y delicadeza en su sensibilidad, y están más expuestos á la psicosis. Así como el telescopio y el microscopio nos revelan seres y maravillas naturales que ni aun imagináramos, estos sentidos más penetrantes y extensos que supongo en los poetas, les ponen en relación con mundos fantásticos que ignora el vulgo. El mugir de las olas, que oye descuidado el pescador, dicta á Chateaubriand pasajes sublimes; y en la persona de su dama nota Petrarca excelencias y primores que no distinguían de fijo los ciudadanos de Aviñón, por mucho que admirasen su belleza.

Aparte de las naturales predisposiciones que en Tasso existían para la insania, fué probado hacia aquel tiempo por tribulaciones, por la pérdida de personas tan queridas como su padre; además le acaeció lo que, con costarle tantos sinsabores, todavía no quisiera él que

dejase de acaecerle; y fué que acertó á poner los ojos en la dama más principal de la corte de Ferrara, nada menos que la hermana del duque, Leonora de Este, princesa privilegiada por el cielo con partes singularísimas de discreción, hermosura y gentileza. En aquel firmamento de claras estrellas, la osada fantasía de Tasso quiso remontarse hasta el mismo sol, y abrasóse con su luz en amor que, dado el temple de alma de Tasso, tenía que ser de la condición que él mismo define diciendo:

.....  
 che si nutre d'affanni, e forza aequista.  
 .....

Se explica mejor la osadía de Tasso, teniendo en cuenta las circunstancias que pudieron ocasionarla. La honrosa acogida que recibió en la corte de Ferrara; la no disimulada preferencia que le dispensaba el duque; la lisonja que le embriagaba; la familiaridad que le permitía hallarse á sus anchas en el círculo aristocrático y refinado de la corte; los continuos regocijos y fiestas que facilitaban pláticas, ojeadas y ternezas; las serenatas á media noche, cuando la luna vierte olas de plata sobre los sombríos y embalsamados jardines, y en balcones y azoteas se agrupan las damas, escuchando las armonías que trae la brisa nocturna; las representaciones teatrales en que alternaban las clásicas comedias de Plauto y Terencio, los

autos sacros, las fábulas y alegorías mitológicas en acción, y las nuevas pastorales de Guarini, en que la princesa y su séquito lucían el sombrerillo de paja, el zurrón, el florido cayado, el albo pellico, contrahaciendo una risueña Arcadia, como antes fingieran, ceñidas de mirto ó laurel, el antiguo Olimpo; las siestas calurosas y largas, pasadas en los regios salones, bajo las altas bóvedas cubiertas de grandes frescos de Dosso Dossi, siestas en que, para disipar el sopor y embelesar el ánimo, los pajecillos tañen bandolines y laúdes, mientras el poeta favorito lee un soneto ó una canción, y yace el ducal palacio sepultado en silencio y reposo; los paseos á caballo por las veredas húmedas y agrestes riberas del Po, cuyas ligeras brumas flotan bañando las copas de olmos y alisos, y las giras á la deleitosa villa de recreo de Belriguardo, propiedad del cardenal de Este, villa cuyos templetos y bosquecillos eran, como los jardines de Academo, palenque abierto á discretas controversias sobre puntos de letras y filosofía; tanto comercio intelectual y poético, aquella especie de perpetuo certamen, en que servía de premio el aplauso y la simpática aprobación — y sobre todo esto, la mocedad del poeta, la sangre hidalga, los recuerdos y reminiscencias caballerescas y el continuo ver y contemplar á una doncella hermosa y sabia como las musas, que si era superior en calidad, confesábase inferior en genio y dotes al Tasso; que se colgaba de sus labios escuchando las escancias de *Aminia* ó de *La Jerusalén*; que, en

suma, le distinguía, reconociendo en él al poeta por excelencia de aquella edad, — todo ayudaría á acrecentar la llama en el corazón del so-  
rrentino.

Mas no debió de ser su afición y enamoramiento de estos que comúnmente se usan y paran más tarde ó más temprano en matrimonio, en indiferencia ó en olvido total. Pienso que Tasso no imaginó en tiempo alguno poder mezclar por medio de alianza su linaje llano al de la nobilísima casa de Este, de real é imperial stirpe. Y por lo que á olvidar toca, ni las constantes protestas poéticas de Tasso, ni el temple grave é intenso de su carácter, ni lo que sabemos de su vida ulterior, siempre vagabunda y triste, nunca alumbrada por otro rayo de ilusión, consienten creer que se borrara de su mente la Leonor de sus primeros ensueños. Es de advertir que por entonces señoreaba el platonismo bastantes inteligencias, y en especial la de Tasso, quien andaba penetradísimo de la reverente idealidad del caballero para la dama de sus pensamientos, sin aspirar á mayor dicha que á tener su imagen incensada y escondida en el santuario del alma. Revivía en Tasso, á través de la licencia y naturalismo del Renacimiento, la tradición del amor espiritual que acendra, inflama y ennoblece las facultades todas; el amor de Dante por la bienaventurada Beatriz, de Petrarca por la honesta Laura de Noves. Amor que yerra en su objeto, porque aspirando á calmar con la contemplación de un ser finito la sed de lo infinito que aqueja á nues-

tro espíritu, viene á convertirse en símbolo, rúbrica ó esquema de otro amor supremo, del divino amor, que en la mística se traduce perfecto y hermoso. De suerte que á veces el amor humano, aunque sea elevado y limpio, por ir fuera de sus caminos verdaderos, suele despeñarse de las cumbres de la poesía más sutil y delicada al abismo de la torpeza. No cabe duda: Dante, Petrarca, Tasso, amaban en sus predilectas, más que á ellas mismas, á cierta idea, teológica en Dante, idílica en Petrarca, elegiaca en Tasso; ideas que revistieron la fantasía y el sentido de gentil forma femenina.

Fué la pasión de Tasso hasta tal punto caballeresca, que lejos de proclamarla como Dante y el poeta de Vaclusa, la veló de manera que aun hoy discuten historiadores y eruditos si en realidad hubo tales amoríos, y si fué en verdad Leonor, la hermana del duque, heroína de ellos. Creen algunos que la dama cortejada por el Tasso no era sino la condesa de Scandiano, ricahembra de Ferrara, y mujer renombrada también por su belleza, talento y gallardo porte; opinan otros que á cierta Leonor, dama de la princesa, se dirigían los suspiros del Tasso. La misma disconformidad de pareceres hay en lo tocante al suceso bueno ó malo de la pasión del poeta: quién cree, fundándose en varios pasajes de las poesías de Tasso, que su señora debió de mostrarse rendida á sus obsequios; quién afirma, atendiendo al episodio de *Olindo* en *La Jerusalén*, que allí se revelan los desdenes que hubo de pade-

cer el autor. No aclara la historia este punto, y Leonor es un enigma cuya clave no poseemos. Elio hace poco al caso para el negocio de la locura del poeta, porque así pudo trastornarle el mal pago como la buena correspondencia de su amada. Lo indiscutible es que, antes de que resolviera el duque Alfonso de Este encerrarle en una prisión, ya había naufragado la cordura de Tasso; ya padecía alucinaciones, visiones, raptos furiosos; ya hablaba solo y alto largo tiempo, ó en su delirio creía escuchar voces humanas, *sobre todo de mujer*, chillidos de fieras alimañas, y al sentarse y coger un libro para entregarse al estudio, irónicos acentos susurraban á su oído amenazas y extraños nombres. Uno de los dolorosos síntomas de su enfermedad era el terror: asombro indefinible le representaba las "sombras solitarias y oscuras", y tenía miedo y horror, horror del sol y de la luz, miedo *da se stesso*, ¡de sí propio!

¿Ocasionaría la prisión de Tasso el repentino frenesí que le impulsó á arrojarse, puñal en mano, sobre un criado del duque de Este? ¿Sería más bien castigo de haber puesto los ojos en la princesa? ¿Hay que creer la poética leyenda, ó desecharla por falsa? Si en efecto era la hermana del duque la dama de Tasso, parece natural que Alfonso quisiese levantar entre ambos inexpugnable valla, y á la vez castigar la temeridad del galán. Dura y amarga era la medicina, pero se comprende que el duque Alfonso no podía, sin manifiesta extravagancia, autorizar una inclinación que el tiempo y la

fama han hecho igual, pero entonces era absurda. No falta quien diga que el encierro de Tasso tuvo por objeto ponerle á cubierto de la malquerencia y asechanzas de los deudos y hermanos de un caballero ferrarés que, confidente de los amorosos secretos de Tasso, los fué divulgando, y por ello hubo de reñir en desafío con el poeta, quedando vencido y maltratado. También se indica que la reclusión sería un medio curativo, empleado para aliviar á Tasso de su manía hipocondríaca, sometiéndole á régimen fijo y saludable. Ningún color de verdad tienen tales supuestos. La cólera de Alfonso, la audacia de Tasso, explican mejor el cautiverio de Santa Ana. Lo probado es que el lugar donde languideció Tasso siete años y dos meses de su vida, no fué el negro y fétido calabozo que se enseña al viajero en Ferrara, sino algún desahogado departamento del hospital. Siempre era prisión, y, por tanto, desventura; y no debieron de faltarle penas al poeta en el lugar desde el cual enderezaba al duque Alfonso estas plañideras *terzine*:

.....  
 Piango il morir, ne piango il morir solo,  
 ma il modo, e la mia fe, che mal rimbomba,  
 che col nome veder sepolta parmi.

Nè piramidi, o mete, o di mausolo  
 mi saria di conforto aver la tomba,  
 ch'altre moli innalzar credea col carmi l.

.....

1 «Lloro porque muero, y no sólo porque muero, sino por el modo de morir, y por mi fe, que, desacreditada, pareceme

Lo que se enseña como encierro de Tasso y que es un lúgubre aposento abovedado, angosto, sombrío, semejante á un ataúd, no consiente, no digo yo escribir, trabajar, poetizar, componer diálogos filosóficos imitados de Platón, recibir visitas,—todo lo cual consta hizo Tasso en su cautiverio,—sino habitar siete años sin detrimento gravísimo de la salud. Mas no porque Tasso no haya vivido nunca entre las húmedas paredes de tal chiribitil—según creen los observadores más juiciosos<sup>1</sup>—dejaron los jefes de la moderna escuela romántica, Lamartine, lod Byron, Casimiro Delavigne, de meditar y gemir en la obscura mazmorra, asociándose al dolor de Tasso<sup>2</sup>. Ni corrieron allí las lentas horas del encierro del poeta, ni faltaron

que ya se sepulta en compañía de mi nombre. Y no me consolaría el que mi tumba fuese pirámide, meta ó mausoleo, que otro monumento pensé alzar con mis cantos.»

Consérvanse estos versos, escritos de la propia mano de Tasso, en la rica biblioteca de Ferrara.

1 Así madama de Stael, y así Goethe, fundándose en las reflexiones de Ampere.

2 Los nombres de Byron y Delavigne quedaron autógrafamente grabados en el muro, y Byron escribió además, con un lápiz, la siguiente estrofa de Lamartine, con la misma peregrina ortografía que verá el lector.

«La le Tasse brul d'un flame fatal  
 »expiant dans les fers sa gloire et son amour.  
 »Quand il va recevoir la palm trionfal  
 »descand au noyr segur.»

Después de maltratar así la lengua francesa, quiso el poeta inglés que el guarda de la prisión le encerrase dentro de ella, con llave. Allí permaneció obra de dos horas, haciendo extre-

á éste los consuelos y distracciones con que podían acudirle la amistad, las letras y las artes. No obstante, siempre es un suplicio la pérdida de la libertad, y más para un hombre joven aún, de imaginación ardentísima, aventurero y soñador, que malograba siete verdes años y un porvenir glorioso en aquella, al fin, cárcel.

En el transcurso del cautiverio siguió Tasso fluctuando entre la exaltación razonadora y la locura mansa. Como rigurosamente no existe línea divisoria entre ambos estados, que á veces sólo se diferencian en leves matices, sería aventurado decir que el Tasso estuvo enteramente loco mientras duró su encierro, ni que siguió estándolo después. Su demencia parece más bien sobreexcitación que lesión orgánica. Agitó la locura las facultades sensitivas, mientras las superiores regiones intelectuales permanecían serenas; lo muestran claramente los escritos suyos que proceden del tiempo en que se le juzgaba alienado. Tal vez el mayor delirio de su inteligencia fué el que más tarde le saltó en Nápoles, cuando se dió á imaginar que poseía un espíritu ó demonio familiar como el de Só-

mos de furioso, pateando, golpeándose la frente, ó con la cabeza caída sobre el pecho y colgantes los brazos, como embobado y suspenso. Mirábale atónito el guarda por el ojo de la cerradura, teniéndole indudablemente por no muy cabal de juicio: y cuando al cabo se decidió á llamarle y abrir la puerta, llenóle Byron las manos de oro diciendo: «Ti ringrazio, buon uomo! i pensieri del Tasso stanno ora tutti nella mia mente è nel mio cuore.» A su salida de Ferrara escribió Byron la *Lamentación del Tasso*.

crates, que le visitaba, y mano á mano con el poeta departía sobre muy profundas y difíciles cuestiones. Un día que Manso, constante amigo de Tasso, hubo de manifestar dudas acerca de la existencia del tal duende, propúsole Tasso mostrárselo, y al efecto entabló en voz alta un diálogo sostenido y discretísimo, que escuchaba Manso con asombro, por la lucidez con que se enunciaban y resolvían allí arduos problemas, sin vacilar, sin equivocarse, con elocuente palabra y claro discurso. Maravillóse Tasso después, cuando Manso le dijo haber oído un admirable diálogo, mas no haber visto el demonio ó geniecillo inspirador, que en verdad no era sino la inteligencia misma de Tasso, excitada y puesta en el mayor grado de tensión, y que despedía, como eléctricos chispazos, frases é ideas.

Tal forma tomó en él la locura. Rompió los diques el torrente de su fantasía, y aun en el período álgido del mal, no dió Tasso el espectáculo de las degradantes y repulsivas aberraciones que muestran haberse extinguido por completo la centella divina en la mente humana. Detúvose la locura en el punto en que la poesía no le niega aún su velo de ilusión, su aureola de piedad. Vapores, sueños, idealidades, tristezas, pensamientos fijos é intensos, arrebatos, imágenes y fantasmas que le asemiaban, delirios de grandeza, miedo, miedo incorpóreo, y la persuasión de estar hechizado fueron las señales más claras de su perturbación. Tan pronto creía Tasso que necesitaba un

exorcista, como se quejaba de las travesuras del duendecillo maligno que le escondía las llaves, le revolvió los libros, le abría los cofres, le robaba las cartas y le embrollaba todo. En ocasiones volvían á afligirle las alucinaciones del oído, y en su dolorido cráneo resonaban dobles de campana, silbidos, estridor de cadenas, galope de caballos, y un terrible jinete armado se arrojaba sobre el poeta para aplastarle; y cuando se disipaba tan cruel visión, aparecían otras repugnantes, y Tasso se veía cubierto de arañas y sabandijas.

Moriase de pura inquietud y fastidio en la prisión; aguijábale el ansia de libertad, y le abatía la nostalgia de aire no tasado y puro. Logró fugarse. Algunos días anduvo al azar por la campiña, respirando la brisa fresca y sutil del Po, embriagándose con las delicias de la naturaleza, gozando de la libre soledad, dilatando su pecho oprimido, con regocijo de convaleciente, con franquicias de resucitado. Al cabo fué á Turín. Pensaba poder vivir allí de incógnito, mas avinole que Felipe de Este, que se hallaba en la ciudad, reconoció bien pronto al antiguo favorito de Alfonso II. Lejos de denunciarle, de reprenderle por su evasión, el generoso magnate presentó al poeta, con gran encomio, al duque de Saboya. Acogióle éste con igual benevolencia, siguiendo la usanza del tiempo, que quería que las artes y las letras no anduviesen menesterosas y desdeñadas entre el brillo de las cortes, y se le señaló á Tasso cuarto en palacio y pingües emolumentos. El

príncipe le trataba con afecto singular, y á no ocurrírsele á Tasso—suspicaç á fuer de loco, y tocado de manía persecutoria—la sospecha de que Alfonso de Ferrara había de reclamar su prisionero (recelo en verdad infundadísimo, ya que la conducta de Alfonso para con Tasso más parecía indulgente que rencorosa, como luego se verá), hubiese podido vivir tranquilo en Turín. Apremiado del temor, partióse á Roma.

Allí también obtuvo lisonjera acogida. La gente se agolpaba en las calles, ansiosa de verle. Los sabios, los poetas, los prelados, las Academias, se disputaban su presencia y conversación. El cardenal Albani le brindaba hospitalidad en su palacio. Mauricio Cataneo, su primer profesor y leal amigo, se complacía en renovarle las memorias dulces y risueñas de la edad juvenil. Pero la contrastada navecilla del espíritu de Tasso no quiso anclar allí tampoco. Asediado por interna congoja, sediento de afecciones verdaderas, acudió á su mente idea peregrina.

Quiso saber á toda costa si aún quedaba en el mundo, que al través del prisma de la demencia le parecía tan desierto, alguien que con puro y firme cariño le amase. Para averiguarlo enmarañó su barba, descompuso su cabello, tiznóse el rostro, vistióse la zamarra parda, el cónico sombrero, las abarcas de piel sin curtir, el rústico arreo de los campesinos napolitanos, y cruzando á pie los Abruzzos, saltando precipicios, vadeando ríos y faldeando montañas, llegó á la casita paterna, escondida entre

aromosos bosquecillos, que habitaba en Sorrento su hermana Cornelia. Llamó á la puerta y presentóse á la dueña del modesto hogar, cual un tiempo á Electra Orestes, fingiéndose mensajero enviado con una carta de Tasso, que en trance cruel, en riesgo de muerte, acudía á su hermana en demanda de auxilio. La carta, el relato, la inesperada nueva, de tal modo traspasaron á Cornelia, que dió con su cuerpo en tierra sin sentido; y Tasso, enajenado de gozo al par que transido de compasión, prodigóla mil cuidados, atendiendo á que volviese en sí, y festejándola con abrazos, explicaciones, lágrimas y extremos de ternura.

